

---

# EL SOCIALISMO DE MAÑANA

André Gorz

---

*análisis y debate*

---



2

## *La respuesta a la crisis*

La crisis actual es una amenaza para la mayor parte de los valores, certezas e instituciones sobre las cuales vienen asentándose las sociedades industriales desde hace siglo y medio. La naturaleza del trabajo, las relaciones sociales, el lugar que ocupa el trabajo en la vida del individuo, los fundamentos de la economía, etc., son objeto actualmente de una nueva revisión crítica.

Ningún partido político tradicional ha evaluado todavía la amenaza y la promesa implícitas en esta crisis. Todos tienen que definir aún una concepción y una política a largo plazo, lo que no debe sorprender a nadie: las perspectivas a largo plazo son fundamentalmente distintas de las urgencias y de las preocupaciones del momento. Esa es una característica de todos los períodos de transición y de ruptura.



La ausencia de una concepción a largo plazo tiene, no obstante, consecuencias más graves para la izquierda que para la derecha. Sin ella, puede prevalecer el miedo sobre la esperanza. La izquierda en general, y el movimiento socialista en especial, sólo pueden vivir si son portadores del futuro. Si no tenemos una concepción firme acerca del sentido de los cambios actuales, acerca de la naturaleza de la sociedad que puede surgir de ellos, dejamos el campo libre para los conservadores que andan por ahí repitiendo la frase «Mantengamos lo que tenemos, pues el mañana será peor que el presente». Si no dominamos el miedo al futuro mediante una visión de las tareas y de las posibilidades que nos ofrece ese futuro, entregamos el monopolio de la utopía a la derecha.

La derecha ya está aprendiendo a utilizar esta utopía para sus propios fines. Porque sí es una utopía lo que propone, aunque sea engañosa y negativa, cuando dice que puede conservarse el orden actual, que lo que será puede ser como lo que tenemos ahora. A esa utopía conservadora hemos de oponer una utopía constructiva; la nuestra debe incluir orientaciones e ideas, pero también tiene que identificar las amenazas que vendrán en los próximos 15 ó 20 años.

Vivimos en nuestros días la mayor revolución tecnológica de los últimos 200 años, al mismo tiempo que vivimos un cambio cultural sin precedentes. La revolución tecnológica actual conmocionará todas las estructuras sociales con tanta intensidad como lo hizo la invención de la producción mecanizada a finales del siglo XVIII. Pero hay una diferencia fundamental: la mecanización permitió el auge del capitalismo industrial, la generalización del trabajo asalariado y la producción mercantil. La revolución de la microelectrónica eliminará la mayor parte del trabajo asalariado en sectores de la economía, y hará anticuadas las leyes de la sociedad capitalista.

En primer lugar, debemos insistir en que esta revolución técnica no puede detenerse; y no tendría sentido desear detenerla. La informatización de la información y el empleo de robots y la automatización no son las causas de la crisis actual, sino los medios con los que las economías industrializadas intentan resolver la crisis. A comienzos de la década de 1970 era imposible seguir produciendo a la antigua usanza; veinticinco años de crecimiento económico habían conducido a un callejón sin salida. Me permitiré mencionar brevemente las dos características centrales de la situación. Primera, hay una extraordinaria escasez de mano de obra. Un gran porcentaje de los trabajadores de las fábricas tuvieron que reclutarse en otros continentes, mientras que al mismo tiempo las labores de organización, administración y dirección exigían un trabajo cada vez mayor, mucho más que la propia producción material. Todos los esfuerzos encaminados a resolver el problema de la escasez de mano de obra mediante innovaciones técnicas han fracasado, en términos generales. Esta es la segunda característica del callejón sin salida. Durante diez años, la inversión en capital fijo por cada trabajador aumentó con mayor rapidez que la productividad de la mano de obra. En otras palabras, se utilizaba cada vez más capital por cada producto producido, y este capital era cada vez menos rentable. Se emplearon diversos métodos para salir de la crisis, especialmente el superendeudamiento. Pero no se pudo salir de la crisis de rentabilidad del capital y de la crisis de productividad de la mano de obra. La revolución de la microelectrónica es la respuesta a esa doble crisis. Por eso dije que no tiene sentido desear detener esa revolución. No tiene sentido porque ya era imposible seguir como hasta entonces.



La nueva senda ahora emprendida conduce a modificaciones tan esenciales que tendrá que cambiar seriamente el orden económico y social. Ese es el único modo de evitar el colapso total. El proceso supone nada menos que la eliminación generalizada del trabajo manual e intelectual. La automatización y la informatización en la industria y en el sector terciario sólo están empezando, y hasta ahora hemos comenzado nada más que a experimentar sus efectos. Pero ya podemos entrever su naturaleza. Sabemos que el aumento de la productividad mundial en la industria automovilística, por ejemplo, es del 7 al 8 % anual; sabemos que en Francia la productividad en el sector bancario aumentará el 5,6 % anual, con el resultado de que en los próximos años serán eliminados entre la cuarta parte y un tercio de los trabajadores. En el comercio, la introducción del pago electrónico permitiría una reducción de hasta el 33 % del número de empleados. Según los estudios más recientes del sindicato IG Metall de Frankfurt, entre tres y tres millones y medios de trabajadores (el 15 % del total) están amenazados por la automatización antes del año 1990; y el 80 % de esos puestos de trabajo corresponden al sector terciario.

En la industria, que ya ha despedido a un gran número de trabajadores, la reducción será relativamente lenta en los próximos cinco años, pero eso es provisional. Por el momento, el empleo en la industria se mantiene gracias a la necesidad de automatizar y robotizar. Pero esto no puede durar: la primera fábrica automatizada casi en su totalidad ya ha abierto sus puertas; el trabajo de sus robots consiste en construir otros robots.

Ningún país puede permitirse el lujo de quedarse indiferente ante este desarrollo. Pero eso significa también que ningún país puede hacerse con un monopolio o un avance tecnológico a largo plazo que le permita mantener las antiguas normas del trabajo a tiempo completo gracias a sus éxitos en los mercados de exportación.

Así pues, el movimiento obrero socialista estaría condenado al fracaso si intentara resistirse a la automatización. Su resistencia se rompería como se rompió en Gran Bretaña, donde pese a las luchas a menudo admirables de una de las clases trabajadoras más inflexibles del mundo, los sindicatos han perdido dos millones de afiliados en diez años. En lugar de intentar luchas defensivas, los socialistas deberían formular ante esta tercera revolución industrial las mismas preguntas que Marx se hizo ante la primera: ¿Puede dominar el capitalismo la dinámica del proceso que él mismo ha puesto en movimiento? ¿No ofrecen estos problemas, estas contradicciones, al movimiento socialista la posibilidad de hacerse con el control del proceso para orientarlo hacia otros objetivos, nuestros objetivos?

Naturalmente, esa posibilidad existe, con la única condición de que adquiramos la fuerza necesaria para trasladarla a la realidad. Recordemos un argumento de Marx que sigue siendo válido e irrefutable: cuando la automatización hace disminuir masivamente la cantidad de mano de obra necesaria mientras al mismo tiempo aumenta la cantidad de riqueza, la ley del valor deja de ser válida. Eso significa, en términos generales, que ya no pueden calcularse los precios y los salarios sobre la base de la cantidad de trabajo empleada, salvo que se bloquee completamente el sistema económico. Supongamos, por ejemplo, que en los próximos 15-20 años la productividad aumenta un 1,5 % más que el crecimiento anual de la economía en su conjunto. El resultado es que a finales de siglo será necesario el 30 % menos de mano de obra. Es casi seguro que de hecho



se ahorre una cifra superior. ¿Vamos a reducir, pues, en un 30 % o más los salarios distribuidos a la población? Todo el mundo sabe que sería suicida. Si la gente gana menos por la sencilla razón de que los robots pueden hacer cada vez más cosas, incluso repararse a sí mismos, ¿quién comprará, a quién se podrá vender toda la riqueza producida por esos autómatas?

Walter Reuther ya formuló esa pregunta hace treinta años en nombre de la UAW (United Automobile Workers, federación obrera de la industria del automóvil de EE.UU.). Si no queremos que la automatización nos arrastre a una espiral de depresión, debe impedirse la pérdida de poder adquisitivo cuando disminuya la cantidad de mano de obra. *El poder adquisitivo debe llegar a ser independiente de la cantidad de trabajo desarrollado.* Debe inutilizarse la ley del valor, base del capitalismo.

Si nos fijamos atentamente veremos que, en realidad, ni siquiera la derecha discrepa seriamente de esta apreciación. Pero hay que tener cuidado: la forma en que la derecha reconoce esa verdad está en contradicción con lo que podemos aceptar, con lo que podemos desear. La idea que se debate actualmente en el seno de la democracia cristiana alemana, así como en la derecha anglosajona y francesa, es que cada ciudadano debe tener garantizados unos *ingresos mínimos* que sólo permitan sobrevivir. Las cantidades que se barajan son 500 marcos alemanes, 80 libras esterlinas o 150 dólares mensuales. Estos ingresos no estarían sujetos a ninguna condición formal, y todo el mundo tendría derecho a ellos de por vida. Los promotores de esta idea esperan lo siguiente: habida cuenta de que estos ingresos no permitirán a nadie vivir normalmente, aquellos que no consigan encontrar un empleo estable buscarán unos ingresos complementarios realizando trabajos indeseables, mal pagados, irregulares o temporales. Actualmente hay dificultades para encontrar mano de obra para esos trabajos. Además, ese trabajo no sería rentable si hubiera que pagar la mano de obra según las escalas salariales normales. El salario mínimo sería, por tanto, una subvención oculta para las empresas no viables en la economía de mercado. También cumpliría la función de *hacer permanente y casi institucional la existencia de una gran masa de desempleados y semidesempleados, excluidos de la sociedad dominante y que vivirían al margen de ella.*

Este es el modelo de sociedad segmentada que los tecnócratas liberales han teorizado bajo el epígrafe «economía dual». Hace tiempo que existe este modelo en Japón, Suráfrica y en los ghettos urbanos de Norteamérica. Ahora se está estableciendo en toda Europa Occidental. En el proyecto general de la derecha, los ingresos mínimos supondrán la nueva división de la sociedad políticamente viable y aceptable. Por una parte, un sector capitalista altamente productivo y que emplea a una élite de obreros sindicados y cualificados, fijos y bien pagados. Por la otra, un subproletariado marginal en el que serán mayoría las mujeres.

Hemos de ser conscientes de que esta división social que se está creando en todas partes *ya no funciona de una manera que pueda comprenderse mediante el análisis de clases.* Lo que puede observarse es una clase estable de trabajadores privilegiados y sindicados que monopolizan los trabajos cualificados y bien pagados al mismo tiempo que, de acuerdo con los propietarios, condenan a estar al margen de la sociedad a aquellos para quienes no hay trabajos permanentes y a tiempo completo. Esta degeneración del movimiento obrero en una clase corporativista es lo que debemos combatir primordialmente. Debe impedirse la dualización de la sociedad y de la economía. Los socialistas deben oponer su propio modelo al de la derecha. Ese modelo también habrá de tener en cuenta un sistema



de ingresos sociales que proteja a cada ciudadano de la necesidad y de la miseria. Pero con una diferencia fundamental: *los ingresos mínimos nunca deben derivar en una exclusión social permanente*. Por el contrario: *el derecho a unos ingresos sociales debe ir parejo al derecho a un trabajo social y económicamente útil*. Esto significa dos cosas: 1) si todos tenemos que trabajar, se nos tendrá que permitir que trabajemos cada vez menos, y 2) la pérdida de poder adquisitivo derivada de una reducción del número de horas trabajadas debe ser compensada mediante unos ingresos sociales.

Omitiré los detalles técnicos, que ya he explicado en otro lugar, para llegar al punto esencial: si todo el mundo tiene que trabajar, el previsible aumento de la productividad implica que el tiempo total trabajado al final del siglo será de entre veinte y treinta horas semanales, lo que equivale a unos 120 ó 125 días al año. El trabajo asalariado por motivos económicos dejará de ser el contenido principal de nuestra vida. Nuestra concepción de la solidaridad, de la seguridad social, de la relación del individuo y el Estado dependerán entonces de bases muy distintas.

### *El Estado del bienestar y la auto-organización de las tareas colectivas*

El movimiento socialista ha tratado siempre de reducir el imperativo del trabajo y de las relaciones mercantiles. Marx entendía que el trabajo era una necesidad, no un fin en sí mismo. Incluso en una sociedad en la que los «productores asociados» trabajen «en las condiciones más adecuadas y más dignas de la naturaleza humana», escribió, el proceso de producción «seguirá siendo siempre el reino de la necesidad». Sólo más allá de este estado comienza la «expresión de nuestras fuerzas humanas, lo que es su objetivo en sí mismo, el verdadero reino de la libertad». Por eso argumentaba Marx que «la reducción de la jornada de trabajo es la condición fundamental». El primer objetivo del movimiento socialista, según el comité de ética del SPD alemán, debe ser «crear el mayor espacio libre posible en el que el hombre, libre de coacción, organice libremente su vida social y desarrolle su creatividad»<sup>1</sup>.

Ese objetivo es especialmente importante hoy día. Corresponde tanto a un cambio evidente operado en los valores durante la pasada década como a las posibilidades de tiempo libre que ha abierto la automatización. El cambio en los valores se pone de manifiesto especialmente en el hecho de que ya no se otorga al trabajo asalariado, a la carrera profesional, al éxito profesional y material la máxima prioridad en la vida de las personas, especialmente entre los jóvenes. Los valores comunicativos han pasado a ser más importantes que la moral puritana de la productividad, incluso en la vida laboral<sup>2</sup>. Un número cada vez mayor de hombres y mujeres, en especial jóvenes trabajadores, encuentran sentido y satisfacción en actividades organizadas por ellos mismos, en proyectos que ellos deciden, y no en su trabajo remunerado. Prefieren redes de ayuda mutua basadas en la solidaridad y en la reciprocidad en lugar de la ayuda estatal<sup>3</sup>. Como señala la comisión de ética del SPD, «el aumento de las protestas, e incluso de los actos de violencia, especialmente entre los jóvenes, expresa la necesidad de sentirse miembro de una comunidad y de entablar relaciones sociales vitales en la vida diaria (...) Al mismo tiempo, se viene sintiendo la necesidad de eliminar los servicios y la ayuda que procede de un tercero»<sup>4</sup>.

Todo esto representa un descontento hacia el orden económico capitalista y su modelo de vida orientado hacia el mercado, el consumo y el dinero. Pero



en las condiciones actuales ese descontento sólo puede hallar una expresión positiva con gran dificultad, y entraña grandes sacrificios. En efecto, la división y la especialización capitalista del trabajo han traído como consecuencia una situación en la que nadie puede producir lo que necesita y nadie puede utilizar directamente lo que produce. Desaparece la producción para uso del productor, y con ella la autonomía. El trabajo a tiempo completo nos obliga a entregar a los servicios públicos o privados las actividades que constituyen nuestra existencia como personas. Así, dejamos la educación de los niños a la televisión o a educadores profesionales; en lugar de hacer música compramos cassettes; en vez de reparar las cosas, las tiramos y compramos otras nuevas; en lugar de pedir consejo a los amigos nos incorporamos a un grupo de terapia; dejamos a los moribundos en manos de los hospitales donde, de hecho —al menos en los EE.UU.—, podemos contratar los servicios de plañideras profesionales.

La profesionalización, la especialización y la comercialización de todas las actividades hacen que nuestras vidas sean más pobres y más limitadas. Pero la reducción del tiempo de trabajo podría poner fin a ese empobrecimiento y a ese debilitamiento de las capacidades humanas. Si no adoleciésemos de falta de tiempo libre, muchos empleos que hoy se consideran, especialmente por parte de la mujer, un trabajo excesivo y una carga obligatoria, podrían convertirse en actividades realizadas en común o compartidas por hombres y mujeres. Sería posible no sólo disfrutar de esas actividades, sino también ampliarlas más allá del estrecho círculo de la familia mediante la cooperación y la ayuda mutua en la vecindad. Se podrían construir campos de juegos y parques para los niños, cultivar hortalizas, conservar y embellecer no sólo nuestra propia casa, sino el barrio. Se podría producir al menos una parte de la energía que se consume, crear un centro en el barrio en el que cada cual pudiera trabajar en reparaciones, ver películas, tocar música, etc.; y también fundar cooperativas de vecinos dedicadas especialmente a cuidar de los enfermos, los ancianos y los niños; crear redes de ayuda y asistencia mutuas, especialmente para prevenir y tratar ciertas enfermedades. En una palabra, me refiero a todo lo que Egon Matzner denomina «*auto-organización de trabajos colectivos*»<sup>5</sup> y a lo que Werner Greissberger llama «*pequeñas redes*» que podrían desarrollarse ahora gracias a la liberación de tiempo y con la condición, naturalmente, de que hubiera voluntad y apoyo político para llevarla a cabo.

Debemos insistir en que la auto-organización por los propios ciudadanos de tareas colectivas que antes pertenecían al dominio de las instituciones del Estado sólo puede proyectarse en el marco de una política que propugne una reducción sustancial del tiempo de trabajo. A quienes piensan que pueden rechazar esa política por razones económicas les respondería: 1) la reducción del tiempo de trabajo debe ir acompañada de un aumento de la productividad. Por tanto, no supone un aumento de los costes unitarios ni un deterioro de las condiciones de vida<sup>6</sup>, y 2) del mismo modo, a mayor cantidad de tiempo libre menores costes en el sector privado y en el público, ya que se permite una autoproducción y una ayuda mutua cooperativa mayores.

El desarrollo de las actividades auto-organizadas y de la cooperación mutua *sí puede* conducir de esta manera a una reducción limitada en la demanda de servicios y de ayuda del Estado del bienestar. Pero hay que insistir siempre en que *la cooperación mutua auto-organizada no debe ser impuesta en ningún caso por el Estado para sustituir servicios existentes*. Los gobiernos de la derecha, y a veces los de la izquierda, pueden tratar de imponer la solución fácil que propone, en nombre del antiestatalismo, reducir los gastos sociales del Estado pidiendo a



los desempleados, a los enfermos, a los ancianos, a las familias (en realidad a las mujeres) que se ayuden a sí mismos. Se ve incluso una tendencia neoliberal que pretende limitar la producción de bienes y servicios a aquellos sectores en los que esta producción sea rentable, mientras pide a los estratos más empobrecidos de la población que produzcan por y para sí mismos una parte de lo que necesitan para subsistir.

Debemos insistir en que *la autoproducción y la ayuda mutua sólo proporcionan más autonomía cuando no estamos obligados a hacerlo por necesidades externas*. La autoproducción y la ayuda mutua sólo pueden ser actividades libres y liberadoras dentro de la esfera de la libertad si la organización de la sociedad garantiza a cada persona la satisfacción de sus necesidades básicas.

¿Cuáles son, pues, las medidas sociopolíticas que pueden conducir a una ampliación del espacio para una actividad libre y autónoma? No debe esperarse una evolución espontánea en este sentido. La economía de mercado no conduce nunca espontáneamente a mayores posibilidades de producción autónoma, sino sólo a un mayor consumo comercial, por una parte, y a más pobreza por la otra. No obstante, son posibles los avances en sentido positivo. Pueden comenzar mediante iniciativas políticas, tanto locales como generales, especialmente a través de una *política del tiempo*.

Esta política del tiempo empezará, lógicamente, con la *previsión del ahorro en horas de trabajo* que podría derivarse de la formatización de los servicios públicos y de la administración. Podrían producirse acuerdos sindicales que supusieran reducciones del tiempo de trabajo, y también programas de captación y perfeccionamiento. La plena claridad en lo relativo a los acontecimientos tecnológicos futuros, así como el debate público sobre sus consecuencias, forman parte del derecho de todos los ciudadanos a controlar las decisiones públicas. Si se produce un avance de este tipo en una ciudad o en un cantón, sentará un precedente que puede extenderse a otros sectores.

Las iniciativas públicas pueden desempeñar un papel destacado con respecto a la *estructuración del tiempo* trabajado, especialmente permitiendo que los empleados o los administradores elijan, como se hace en Quebec o en la Siemens, sus horas de trabajo. Nadie se preocupa de cuándo llegas al trabajo ni de cuándo sales, ni de si faltas el lunes, con tal de que el trabajo de la semana esté terminado el viernes por la tarde (en Siemens) o hayas cumplido a fin de mes tus 140 horas (en Quebec). En la era del ordenador, la inflexibilidad de horarios, la obligación de ser puntual se han convertido en la expresión del deseo puramente arbitrario de dominación jerárquica.

Una política del tiempo debe reconocer también públicamente *el reparto del trabajo* que permita, por ejemplo, que un hombre y una mujer compartan el mismo empleo ya que, en el caso de una pareja con hijos, no tiene por qué ser siempre la madre quien se quede en casa para cuidar al hijo enfermo.

El fomento del reparto del trabajo y del trabajo a tiempo parcial mediante *una compensación parcial por la pérdida de salarios* resulta especialmente útil para evitar el desempleo y asegura una transición sin sobresaltos hacia una sociedad en la que el tiempo de trabajo normal no sea más de veinte horas semanales. La pérdida de salarios directos puede suplirse en algunos casos mediante impuestos diferenciados (como el Impuesto sobre el Valor Añadido) sobre los



productos y servicios cuyo precio sea inferior a causa de la nueva tecnología, pero respecto de los que no sea socialmente deseable un aumento excesivo en el consumo.

Como señaló el canciller austriaco Fred Sinowatz, «las nuevas tecnologías que permiten la creación de más valor con menos trabajo hacen necesario que liberemos a los seres humanos para ese nuevo tiempo libre, liberándoles también de la industria de la cultura y de los condicionamientos externos masivos»<sup>7</sup>.

Liberarnos para el tiempo liberado implica que debemos aprender de nuevo a interesarnos por lo que hacemos, no porque nos paguen por ello, sino por el placer de crear, de dar, de aprender y de entablar con los demás relaciones no mercantiles ni jerárquicas. Sin embargo, la posibilidad de actividades libres presupone una política social e industrial. Esta política debe garantizar que la microelectrónica no trabaja para construir nuevas concentraciones de poder sino que hace lo que sólo ella puede hacer: *tomar decisiones sobre la producción de una forma descentralizada*, aumentar el número de unidades productivas locales, fomentar el ahorro de energía, materias primas y mano de obra. La revolución de la microelectrónica hace las empresas pequeñas más productivas que las grandes; las unidades de producción gigantescas se han vuelto anticuadas. Pronto será posible producir y reparar muchas cosas con gran eficacia en talleres de barrio o en pueblos alejados y alcanzar así un alto grado de autosuficiencia. Se deseará poner a disposición de todas las comunidades centros como los que ya existen en ciudades danesas y británicas: tipos de casas de usos múltiples que son a la vez talleres para toda clase de actividades de creación o de reparación, universidades populares y centros de ocio, construidos y amueblados en parte mediante el trabajo voluntario de la propia población; centros en los que personas de todas las edades pueden trabajar con palabras o con metales, reparar su bicicleta o su equipo eléctrico, construir equipos solares, criar pollos; donde grupos de ayuda mutua de diabéticos, padres de drogadictos, personas deprimidas, etc., se reúnan para hablar de sus experiencias y reflexionar juntos: todo esto es más eficaz que su institucionalización por el Estado y, además, es gratuito; donde junto a la producción artesanal encontramos máquinas programables de extraordinaria precisión que permitan la producción de toda clase de artículos para las necesidades locales o individuales.

Las posibilidades que se aprecian aquí corresponden a uno de los sueños más antiguos del movimiento socialista, a saber, superar el trabajo asalariado y las relaciones mercantiles mediante un grado cada vez mayor de autoabastecimiento cooperativo a nivel individual o comunal. El objetivo fundamental del movimiento socialista no es el pleno empleo remunerado, algo que, por cierto, seguirá siendo imposible. Por el contrario, defiende el derecho al trabajo para satisfacer necesidades y objetivos percibidos que pueden definirse libremente, y no por acumulación y valorización del capital.

Este objetivo fundamental es hoy más atractivo que nunca. También tiene un mayor potencial subversivo. Porque a él se resiste con más seña que nunca la forma de organización social que ya no es viable y cuyos representantes tratan de conservar su dominación imponiendo a la población decisiones sobre producción e inversión que no tienen relación alguna con las necesidades de esa población. La resistencia a esto, la elaboración de alternativas no capitalistas a todos los niveles, incluidas formas de trabajo y vida comunales, corren parejas a las aspiraciones originales del movimiento socialista y obrero. La po-



sibilidad de alternativas no capitalistas no ha sido nunca tan tangible. No es la necesidad material, sino sólo las relaciones políticas de dominación lo que nos separa del objetivo de una sociedad liberada en la que el trabajo asalariado obligatorio se suprimirá en su mayor parte y se garantizará para todos la satisfacción de las necesidades y la disposición de un espacio individual autónomo.

Traducción: Fabián Chueca y Bernadette Wang

---

Este ensayo fue escrito a petición del Partido Socialista Suizo, para el congreso celebrado en St. Gall en noviembre de 1984. Fue una contribución a una reflexión a largo plazo del partido acerca del futuro del Estado del bienestar.

La segunda parte, escrita originalmente en alemán, fue pronunciada como discurso directamente ante los delegados de lengua alemana, que formaban la mayoría de asistentes. Esto explica las referencias a publicaciones alemanas. Sin embargo, se debió también al hecho de que en Francia no existen estudios comparables que se produzcan periódicamente y que investiguen la manera en que los trabajadores perciben su trabajo, y midan el apego o descontento de éstos con respecto al trabajo. Además, ciertos grupos del SPD, ocupados en la preparación de un nuevo programa del partido, están influidos claramente por otro problema: no quieren dejar a los verdes el monopolio de las demandas y aspiraciones fundamentales que, más que los temas habituales de la socialdemocracia, reflejan la mutación cultural que se está produciendo en todas las sociedades industrializadas y que tiene su expresión, entre otras cosas, en una actitud diferente entre los jóvenes trabajadores en relación con el trabajo y el Estado.

La apertura hacia temas y aspiraciones ecológicos que comienza a surgir en Alemania está presente con más fuerza en el Partido Socialista Suizo, que se suma regularmente a las iniciativas populares propuestas por grupos o asociaciones ecologistas a nivel local, cantonal o federal. El partido suizo defiende lo que puede denominarse posturas «ecosocialistas» sobre varios puntos importantes, como la política energética, defensa, transporte, derechos de los consumidores y usuarios, protección del entorno, etc.

<sup>1</sup> Erhard Eppler, ed.: *Grundwerte- für eine neues Godesberger Programm*. Texte der Grundwerte Kommission der SPD (Reinbeck: Rowohlt aktuell). (*Programas del Partido Socialdemócrata Alemán*, Fundación Friedrich Ebert, Madrid, 1987).

<sup>2</sup> Según los estudios periódicos del *Institut für Demoskopie* de Allensbach la proporción de trabajadores asalariados de Alemania Occidental que están plenamente satisfechas de su trabajo han descendido del 65 % en 1967 al 49 % en 1981.

La proporción de trabajadores dispuestos a trabajar más si pueden ganar proporcionalmente más ha descendido del 40 % en 1968 al 8 % en 1982, mientras que la proporción de los que quieren trabajar menos aunque ganen menos ha subido del 6 % en 1968 al 26 % en 1982. Véase también Gerhard Schmidtchenn, *Neue Technik, neue Arbeitsmoral* (Köln: Deutscher Industrie Verlag, 1984).

<sup>3</sup> Esta afirmación está documentada en «Zukunft des Sozialstaates», Zwischenbericht zum Essener Parteitag 1984, documentada en *Neue Gesellschaft*, Nr. 6, 1984.

<sup>4</sup> Erhard Eppler, *op. cit.*, pág. 117.

<sup>5</sup> Egon Matzner, *Wohlfahrtsstaat und Wirtschaftskrise* (Reinbek: Rowohlt Aktuell, 1978).

<sup>6</sup> La productividad media de la mano de obra está creciendo en la actualidad desde el 3 % al 4 % anual en la mayor parte de los países industrializados mientras que la economía crece entre un 1,5 % y un 2,5 % anual. La duración del trabajo puede reducirse así entre el 1,5 % y el 2 % anual por término medio y, por tanto, entre el 30 % y el 40 % en 15 ó 20 años siempre que una política de empleo escrupulosa asegure que los trabajadores de los sectores en los que aumenta la productividad pasan a aquellos en los que crece lentamente o no crece en absoluto.

Véase André Gorz, *Les Chemins du paradis* (Paris: Galilée, 1983), Tesis 19. (*Los caminos del paraíso*, Ed. Laia, Madrid, 1986).

<sup>7</sup> Entrevista en *Der Spiegel*, 33, 1984.